

## El sacerdote con «Él solo»

*La vida de oración, reflexión y autoconocimiento en la experiencia de los presbíteros*

Como es de esperarse lo mejor para abordar el tema, sería recurrir a uno de los tantos trozos del Evangelio que los sacerdotes bien conocen. Entre los más apropiados se encuentran sin duda los referidos a la multiplicación de los panes: Mt 14, 14-23; Jn 6,1-15; Mc 6, 34-46. Todos ellos refieren la ingente actividad de Cristo con sus Apóstoles. Una actividad tan demandante que hasta les ha sido necesario y posible multiplicar panes para que coman unas cinco mil personas. Sin embargo, estos textos también presentan la cautivante figura del Maestro que se retira para orar a solas; para estar solamente con el Padre y recentrar su persona dentro del Plan de Salvación.

Al hablar aquí sobre la soledad del sacerdote con Dios, lo mejor es saborear la propia experiencia. Quién más, quién menos los curas están acostumbrados a buscar la intimidad con el Señor, normalmente en la soledad y el silencio, más todavía cuando las actividades pastorales los devoran como a los cinco panes y los dos pescados. Se trata entonces de recordar el sabor del pan de la oración en silencio, para captar la belleza de estarse a solas con El-Solo-Trinitario. Recordarlo para nunca dejar de buscarlo, nunca dejar de pedirle al Señor “danos siempre de ese pan” (Jn 6, 34).

El cura sabe y ha experimentado que estar a solas solamente con Dios, no es un “extra”, reservado a los que tienen una sensibilidad o tendencia a la contemplación, sino que está muy de la mano con el propio quehacer sacerdotal. Cosas tan simples y diarias como el rezo de las Horas Litúrgicas, la Lectio Divina, la adoración a Jesús Eucarístico, la devoción a María Santísima y a los hermanos que lo preceden en el camino y en la santidad. Cosas que ha conocido desde sus años de formación inicial y a veces, desde mucho antes.

Recordar y desear el sabor secreto del pan de la oración en lo escondido equivale a refrescar el amor primero (Ap 2, 4), renovar el don que se ha recibido (II Tim 1, 6). A veces será mirar la altura desde donde se ha caído, otras veces será el asidero para no caer, pero en cualquier caso, siempre será nacer de nuevo y de lo alto para dejarse llevar por el soplo del Espíritu (Cf. Jn 3, 1- 13; Ap 2,5).

Normalmente el sacerdote no tiene miedo de la soledad. En ella ha aprendido a encontrarse con el Absoluto, que habita en lo más íntimo de su

propia intimidad y es absolutamente distinto de su yo más profundo (Cfr. San Agustín, Confesiones III,6,11). Aquel que, en su momento, lo enamoró y ojalá lo siga haciendo hasta que se terminen sus días, en un diálogo interminable.

Por otra parte, el sacerdote ya sabe que ni la Liturgia de las Horas ni la Lectio (normalmente orientada hacia el ministerio de la predicación homilética) ni el Rosario ni la Piedad eucarística lo aíslan del Pueblo. Son acciones que, junto con la Misa, él realiza en muchas ocasiones, acompañado de laicos o religiosos. También lo sabe porque aun cuando las ejercite en soledad, siempre tienen un momento de intercesión. En él lleva al pueblo, sus situaciones, su humanidad y las coloca delante de Dios. De esta manera, estas soledades nunca lo pueden extirpar de la iglesia y de la Humanidad, en la cual y para la cual ha sido llamado. Testimonio irrefutable y conmovedor de esto, es el del Santo Cura Brochero quien escribe a su compañero de Seminario, el Obispo Yaniz, recordando cómo en su juventud quería morir como el caballo Chesche, galopando. Expresa allí que, por el contrario, Dios lo había retirado de la vida activa por su lepra y ceguera para “orar por los hombres pasados, por los presentes, y por los que han de venir hasta el fin de los tiempos” (Brochero, José Gabriel del Rosario Carta 23 Octubre 1913).

Buscar estas soledades al estilo del “Jesús multiplicador de panes”, es saborear la intimidad con Dios que asocia al ministro ordenado con su feligresía desde otra perspectiva y lo compromete con ella a través de la pastoral de la oración que, por secreta que sea, no deja de ser eficaz.

Estar a solas solamente con Dios es internarse en un espacio de formación permanente. Ésta, según el P. Amadeo Cencini, consiste en la configuración del corazón y la personalidad del cura con el Corazón Sacerdotal de Cristo. De tal manera que lo principal en esa formación permanente es el encuentro y el reencuentro con Jesús y la propia vocación sacerdotal. Antes que los cursos de actualización (sin duda necesarios), la soledad en la intimidad con Dios, es ese espacio de conformación y confrontación permanente.

Y es permanente, porque el ministro ordenado está siendo sacerdote. Nunca en esta vida llega a un punto donde puede decir que la tarea está concluida. De allí también se desprende cuán necesarios, continuos y perpetuos que son esos momentos de intimidad con el Dios que llama.

La soledad con el Señor es el desierto de la humildad donde el sacerdote está desnudo frente a Dios y frente a sí mismo. Esto es de capital importancia,

porque la relación del ministro con el Señor la mayoría de las veces se da en un ámbito público. En esa situación no es extraño que tenga la tentación de caer en formas estereotipadas, en maneras y gestualidades elaboradas, con el consecuente peligro de terminar siendo una especie de “showman”, un intérprete, un actor (“hypócrites”, como se dice en griego).

La soledad sacerdotal delante de la intimidad con Dios lo libra de ese peligro, pero al alto y precioso precio de estar desnudo delante de Él. Es hermosa esa experiencia que le recuerda que su carne, por consagrada que esté, no se distingue de la carne de cualquier otro hermano. Eso lo identifica con el Verbo que se anonada y se encarna para redimir al hombre (Cfr. Jn 1, 14. Fil 2, 6). Lo identifica con la humanidad necesitada de redención y lo lleva a una actitud misericordiosa con cualquier pecador, porque él (siendo sacerdote), también se cuenta entre los imperfectos. Esa doble identificación lo “sacerdotaliza” (si vale el término). Es una bella vivencia en la que, por única vez, no carga corona ni es el centro de otra mirada que la de Dios.

Por eso reflexionar sobre este tema no es otra cosa que re-saborear esa mirada de Dios dirigida pura y exclusivamente a su sacerdote en lo más propio de su persona, mirada de amor, de elección, reelección y misericordia. Mirada de Cristo en la noche de la traición cuando junto al fuego Simón dijo “no lo conozco” (Mt 26, 71-75; Mc 14, 69-72; Lc 22, 58-62; Jn 18, 27); mirada de Cristo en el amanecer de la pesca milagrosa en la que pregunta a Pedro ¿me amas más que éstos? Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas (Jn 21, 15-19).

Que María mujer del silencio en la casa de Nazaret, en la tarde del viernes Santo, la madrugada de la Resurrección, interceda para que siempre saboreemos el pan de la soledad frente a Dios. Amén.

### Preguntas para trabajo personal o grupal

1. Luego de servirte del texto “El sacerdote con Él solo” considera tus soledades.
2. ¿La meditación y oración asidua con la Palabra de Dios, se va haciendo hábito en tu vida?
3. ¿Cómo combinar hasta armonizar o llegar a un equilibrio entre acción y oración?
4. ¿Llevas los “fracasos pastorales” a la oración cotidiana?